



MANUEL MARTÍNEZ FLAMARIQUE CREADOR DE LA MARCA CHOPERA

Koldo LARREA APEZTEGUÍA
koldolarrea14@gmail.com

Manuel Martínez Flamarique, casado con la navarra Cecilia Labiano, está considerado como uno de los empresarios más prestigiosos y poderosos de la historia moderna del toreo.

Nació el 7 de marzo de 1927 en San Sebastián. Su abuelo paterno, Severino Martínez, fue contratista de caballos de picar en los años 20 en San Sebastián y organizó también festejos taurinos, como en Mont de Marsan, plaza francesa que desde entonces estuvo en manos de esta familia. A la muerte de Severino, su primogénito, Pablo Martínez Elizondo se hizo cargo a principios de los años 30 del todavía pequeño negocio familiar, que comenzó a ampliar con la gestión de otras plazas de toros francesas.

Manuel (Manolo) se licenció en Químicas por la Universidad de Zaragoza y en Ingeniería Química por la francesa de Toulouse; estaba claro que su futuro se iba a declinar por el mundo taurino. De hecho, cuando todavía era estudiante, colaboró en tareas camperas, como el manejo de cabestros o el embarque de toros. No fue todo su trabajo. Ejerció también de doblador y pastor en los encierros, y de monosabio de picadores. Todas estas labores las llevó a cabo bajo una afición incombustible.

PRIMEROS PASOS

La faceta empresarial de los Chopera comenzó en 1933, concretamente el 15 de julio y en Pamplona. Esa tarde, Victoriano de la Sema y Domingo Ortega –que habían quedado fuera de los carteles de San Fermín– torearon mano a mano; se enfrentaron a seis toros de Arturo Sánchez Cobaleda. Esta corrida de toros fue organizada por particulares, entre los que se encontraba Pablo Martínez Elizondo. La plaza registró buena entrada, sin llegar al lleno. De la Sema alcanzó un gran triunfo; le cortó las orejas y el rabo al cuarto, al bravo Alejo, número 77, un toro de bandera.

Después, poco a poco, se fueron haciendo con la gestión de numerosas plazas de toros. De este modo, cuando Manolo y Jesús, los nietos universitarios de Severino, entraron en el negocio familiar a finales de los 50, la Casa chopera era ya una de las más importantes del toreo. Regían las plazas de Bilbao,



Manolo Chopera con sus hijos.

Salamanca, Badajoz, Santander, Almería –gestionan su feria desde hace más de 50 años–, Logroño y algunas otras menores del norte, además de una gran cantidad de cosas franceses, entre ellos el más importante, el de Bayona.

La década de los años 50 iba llegando a su fin. En 1958, la Casa Chopera firmó otro hito histórico; fue la empresaria de la Real Maestranza de Sevilla. La familia fue aumentando, con las incorporaciones de los hermanos Manolo y Jesús. Por ello, afrontó una nueva faceta taurina: la de apoderados de toreros. Así, en agosto de 1959, Pablo Martínez Elizondo firmó una exclusiva con Paco Camino: 115.000 pesetas por actuación.

En este terreno de los apoderados, su fuerza aumentó cuando Manuel Benítez ‘El Cordobés’ le dio poderes en 1964 para que administrase su profesión, después de romper con El Pipo. Hacerse cargo de la trayectoria de este tándem –Camino y El Cordobés– de figuras del toreo no fue nada fácil; surgieron tensiones, desconfianza entre ellos, un mal rollo que se hizo patente en la pelea que protagonizaron en el ruedo de Aranjuez el 1 de mayo de 1965.

NACE EL “IMPERIO CHOPERA”

Pablo Martínez Elizondo falleció en Pamplona el 18 de octubre de 1968. Fue su hijo Manolo quien cogió el relevo en la familia, junto con su hermano Jesús, y se independizó de la dinastía, especialmente de sus primos, los Martínez Uranga, conocidos como los ‘Choperitas’.



Fue entonces cuando Manolo decidió crear un auténtico imperio taurino y con este fin dio el salto a América. Para ello, se apoyó en el poder taquillero que tenían sus poderdantes, Paco Camino y El Cordobés.

Manuel Martínez Flamarique fue conociendo la realidad taurina de los diversos países americanos y, poco a poco, se hizo con la gestión de las plazas más importantes. Gestionó en México la plaza El Toreo de Cuatro Caminos y la conocida como el 'Embudo de Insurgentes', en la capital, en México D. F. En Venezuela, las de San Cristóbal y Caracas. En Perú, la de Lima. Y en Colombia, las de Manizales, Bogotá y Medellín.



Manolo Chopera en las Ventas.

Estos escenarios se pueden añadir a los que regía en España –Bilbao, Algeciras, Puerto Banús, Badajoz, Burgos, Toledo, Tudela, Palencia, Talavera de la Reina- y en Francia –Vic Fezensac, Éauze, Aire sur L'Adour, Dax, Floirac, incluso Nimes-.

Y si la faceta de Manolo Chopera como empresario creció muy considerablemente, lo mismo ocurrió con la de apoderado. La nómina de toreros a los que representó se incrementó a lo largo del tiempo con nombres como Julio Aparicio, Antoñete, Antonio Ordóñez, Pedrés, Curro Romero, El Puno, Tinín y Ángel Teruel; más tarde con Nimeño II, Ortega Cano, José María Manzanares, Rafael de Paula, Curro Vázquez, Sebastián Cortés, Juan Mora y Miguel Abellán; y más recientemente con Javier Castaño, Fernández Meca, Antonio Barrera y el rejoneador estellés Pablo Hermoso de Mendoza.

LOS AÑOS 80, LA EDAD DE ORO DE CHOPERA

Manolo Chopera se hizo en 1981 con la plaza más importante del mundo, con Las Ventas del Espíritu Santo. Y triunfó. Fue su cénit como empresario. La gestionó hasta 1989, con sucesivas prórrogas de contrato y una gran política de promoción. En tiempos inestables, de transición, que no beneficiaron a la Fiesta de los toros, encontró esta plaza en una mala situación económica. Pasaba por su peor momento.

Pues bien, el veterano empresario consiguió relanzarla y, bajo su mandato, Las Ventas pasó de tener cuatro mil abonados a disponer de nada menos que dieciocho mil. Miró siempre por el aficionado, al que supo atraer y satisfacer. Madrid volvió a ser el eje del toreo y su importancia como plaza de referencia se debe en gran parte a los años de la Casa Chopera en Las Ventas. Regresó la seriedad y el toro íntegro.

Por otra parte, con su trabajo se consolidó la Feria de San Isidro y potenció la Feria de Otoño, que había perdido la importancia y el prestigio que debía poseer. Y, además de Madrid, continuó rigiendo todas esas ferias, todas esas plazas que ya se han mencionado; eso sí, ya con la ayuda de sus hijos, Óscar y Pablo.

ADIÓS A UNA ESPINA CLAVADA

Como se ha podido apreciar, Manolo Chopera fue empresario de muchísimas plazas, pero nunca consiguió gestionar la de su ciudad, la de El Chofre, en San Sebastián.

Este histórico coso acogió su último festejo en 1973. Atrás quedaban setenta años de existencia de una plaza por la que pasaron las figuras del toreo de cada época y las más prestigiosas ganaderías.

El ya viejo empresario nunca tiró la toalla y en agosto de 1998 vio colmada una de las grandes ilusiones de su vida, la inauguración de Illumbe, una moderna plaza multiusos que acababa con 25 años de sequía taurina en la Bella Easo.

No fue tarea fácil. Los obstáculos se sucedieron, sobre todo los relacionados con la compleja situación política del País Vasco. Pero, al final, la nueva plaza fue una realidad, con su cubierta, su diseño vanguardista... Quedaba pendiente un objetivo: recuperar la afición en San Sebastián después de 25 años sin toros.

El 11 de agosto de 1998 Illumbe acogió la primera corrida de toros. Testigos de ese momento recuerdan a Manolo Chopera emocionado, delante de la placa conmemorativa de la inauguración, con lágrimas en sus experimentados ojos y los brazos alzados en señal de victoria. En ese momento, quedó rota la imagen del frío empresario y relució la versión más humana de Manuel Martínez Flamarique.

A Illumbe, se unieron otras nuevas plazas construidas por la Casa Chopera, como La Ribera en Logroño y la de Alcalá de Henares, la última gran obra de un empresario que nunca dejó de trabajar por la Fiesta.

AÑOS DELICADOS

Pero en esta década de los años 90, no todo fueron buenas noticias. En esta época, Chopera sufrió una importante crisis. El número de plazas gestionadas comenzó a disminuir. El reino de Francia se vino abajo; desapareció de bastantes plazas. Lo mismo ocurrió en América. Y en España, perdió la gestión de Burgos, Vitoria, Córdoba y Málaga.

Parecía que, con el gran gestor en segunda línea, el imperio Chopera se iba resquebrajando. Sin embar-



go, en la actualidad, el trabajo de sus hijos, de Óscar y Pablo Martínez Labiano goza de magnífica salud. En los últimos diez años, gestionan las temporadas de más de diez plazas de toros, lo que supone organizar más de 600 festejos taurinos, entre corridas de toros, mixtas, de rejones y novilladas con picadores.

Ambos hermanos han ido cediendo protagonismo en los últimos años a la quinta generación familiar, personificada en Manuel Martínez Azcárate, nieto de Manolo y secretario del Consejo de Administración de la sociedad BMF, formada por los Chopera y el grupo mexicano de Bailleres. Ahora, el viejo imperio se centra en las plazas de Salamanca, Logroño, Almería, Palencia, San Sebastián y Bilbao.

MUY VINCULADO A NAVARRA

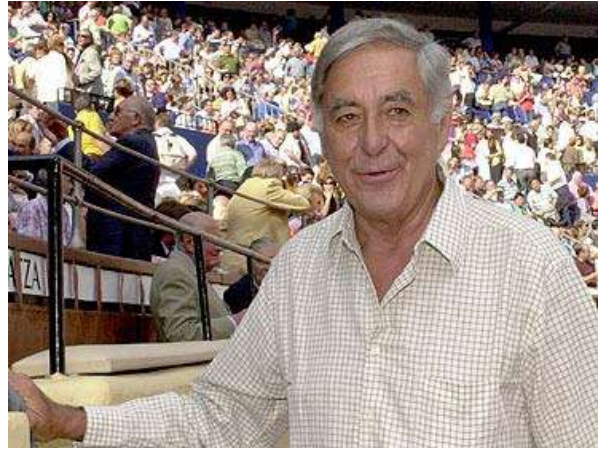
Además de empresario y apoderado, Manolo Chopera, hijo de madre tafallesa –Luisa Flamarique Lasat– tuvo una tercera faceta profesional: la de ganadero. Fue el titular, con su hermano Jesús, del hierro de Martínez Elizondo, el famoso de las cadenas de Navarra, especialmente a partir de 1968, año del fallecimiento de su padre, Pablo Martínez Elizondo.

Estas reses bravas, con divisa amarilla y encamada, y de procedencia Santa Coloma –el encaste predilecto de Manolo– pastaban en la mítica finca tudelana El Ventorrillo. Esta dehesa se amplió considerablemente por la adquisición de fincas colindantes. El Ventorrillo, en principio, constaba de unas quince hectáreas, pero en 1968 superaba las treinta y tres. Ese año, a las órdenes del mayoral, Teodoro Lasanta, trabajaban unas doce personas entre vaqueros y caballistas. Pastaban los toros de lidia, aparte de vacas, bueyes y novillos. Esa temporada disponía de ocho encierros, cinco de ellos destinados a Pamplona, Mont de Marsan, Santander, El Escorial y Nimes.

Las plazas clave de este hierro fueron Pamplona, Tudela y Bayona. En la capital navarra lidió catorce corridas de toros -73 cuatreños y cinqueños- entre 1952 y 1979. Y en 1973 consiguió el premio Feria del Toro a la mejor corrida de toros de San Fermín, lidiada el 10 de julio por Diego Puerta, José María Manzanares y José Luis Galloso.

Pese a ello, el momento álgido de esta ganadería llegó el 4 de julio de 1965, cuando en la plaza de toros de Marbella fue indultado el roto *Costurero*, de Martínez Elizondo, que había sido lidiado por Manuel Benítez 'El Cordobés'.

Sin embargo, después de muchos años en El Ventorrillo, esta vacada de bravo fue trasladada a la finca Esteban Isidro, con cuya denominación son actualmente lidiados, sita en la localidad salmantina de San Pedro de Rozados.



Manolo Chopera en los toros.

De todos modos, el vínculo con Navarra de Manolo Chopera ya existía antes de ser ganadero. El 2 abril de 1956 se celebró en Roncesvalles una doble boda. Los hermanos Manuel y Jesús Martínez Flamarique contrajeron matrimonio, respectivamente, con las hermanas navarras Cecilia y Purificación Labiano Villanueva. De la unión entre Manolo y Cecilia, nacieron dos hijos: Óscar, en 1958 y Pablo, un año después. Ambos, sus sucesores, se acabaron convirtiendo en apoderados del estellés Pablo Hermoso de Mendoza.

Continuando en el terreno taurino, el vínculo con Navarra más profundo se llamó Tudela. Fue empresario de esta plaza, conocida como la Chata de Griseras, desde los primeros años de la década de los 40. Manolo Chopera fue el creador de la llamada Feria de las Figuras, como así se conoció la celebrada en honor de Santa Ana.

Los carteles que confeccionaba tenían dos características. Por un lado, solía contratar a las figuras que no habían entrado unos días antes en los carteles de San Fermín. Por otro, consiguió que la capital ribera fuese parada obligatoria de las figuras cuando viajaban a las ferias de Valencia y Santander. Y así creó una afición que todavía pervive, una afición llamada torerista; es decir, que pone en primer plano a los toreros y en segundo al ganado bravo.

Quienes disfrutaron del lujo de tratar con él dicen que siempre fue el primero en llegar a la plaza, aunque la noche hubiese sido larga, y el último en abandonarla. Se metía en los corrales para el manejo del ganado y, a la vez, atendía a todos los compromisos, sin descanso, para que todos se sintiesen a gusto.

Todavía estuvo en la plaza tudelana durante la feria 2001, un año antes de fallecer. Precisamente, en ese 2002, en la Feria de Santa Ana, se lidiaron dos corridas de Hijos de Pablo Martínez Elizondo.



Hierro de la ganadería Martínez Elizondo con las cadenas de Navarra.



UN LEGADO TRASCENDENTE

La Casa Chopera, representada en los hermanos Óscar y Pablo Martínez Labiano, permaneció al frente de la plaza de Tudela hasta 2010. Terminada esa feria, comunicaron al alcalde, Luis Casado, que no iban a seguir gestionando el coso tudelano. De este modo, se puso fin a una relación comercial que había comenzado casi setenta años antes. En 2011, tomó el relevo empresarial Manuel Ángel Millares.

En todo ese tiempo, Manolo Chopera superó todos los obstáculos que le presentó la vida, salvo uno, el del Alzheimer. Aquejado de esta enfermedad, dejó de existir el 2 de septiembre de 2002, a las cinco de la tarde, en la clínica Nuestra Señora de Aranzazu de su San Sebastián natal.

La persona dejó de existir, pero su legado sigue vivo. El mundo del toro despidió al empresario, único, irreplicable, pero se mantuvo la marca Chopera. De hecho, dos años después, se inauguró en San Sebastián una escultura en su memoria, obra del artista navarro Faustino Aizkorbe.

Una réplica en miniatura se entregó como trofeo en el Encuentro Mundial de Novilleros, que, a partir de 2003, pasó a llamarse Memorial Manolo Chopera. Este concurso de novilladas picadas sirvió para abrir boca a muchos aficionados en primavera. Movidos por la pasión taurina, se daban cita en Illumbe, aficionados guipuzcoanos, otros muchos llegados de provincias limítrofes, como Aragón, La Rioja y Navarra, y numerosos franceses, ávidos de conocer nuevos valores entre los novilleros.

En las distintas ediciones del Memorial Manolo Chopera torearón nombres como Fernando Cruz, Santiago Manciño, Miguel Ángel Perera, Manuel Escribano, Serranito, Javier Solís, Iván Fandiño, Eduardo Gallo, Pérez Mota y Daniel Luque, entre otros muchos.

En las novilladas se lidiaron utrerros de prestigiosas ganaderías, como Toros de la Plata, Domingo Hernández, Adelaida Rodríguez, Miranda de Pericalvo, Guadaira, Montealto, Bucaré...

El citado memorial varió. Las novilladas dieron paso a una corrida de toros con carácter de concurso de ganaderías. Y pervivió hasta 2008, año en el que se llevó el triunfo el toro *Heroína*, número 109, negro, de 500 kilos y de Fuente Ymbro.

En realidad, la respuesta del público no fue nunca la deseada, las cuentas no salían y el Memorial Manolo Chopera no pasó de su sexta edición.

Pasados los años, la marca Chopera sigue poseyendo gran fuerza. Buena prueba de ello es esa quinta generación familiar y sobre todo que, pasados casi veinte años de su pérdida, nadie del toreo habla mal de quien fue un mago de las contrataciones de toros y toreros, de quien poseyó una capacidad única para poner de acuerdo a ambas partes. Hoy, Manolo Chopera sigue siendo el empresario respetado que siempre lo fue. **PRE GON**

El autor es periodista y gran especialista en temas taurinos (www.torosennavarra.com)



Paco Camino, Manuel Chopera y Charlton Heston (Pamplona, 1962). Foto de Canito.



Escultura de Faustino Aizkorbe en San Sebastián.